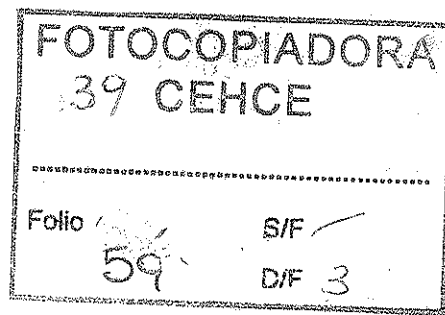


ÉLISABETH ROUDINESCO

¿POR QUÉ EL PSICOANÁLISIS?



PAIDÓS 
Buenos Aires • Barcelona • México

CAPÍTULO 12

Crítica de las instituciones psicoanalíticas

439 82-

Inventado por los judíos de la Ilustración, herederos de Haskalah, el psicoanálisis pretendió, desde su origen, convertirse en un gran movimiento de liberación. Según sus fundadores, reunidos en la Sociedad Psicológica del Miércoles, la exploración del inconsciente debía permitir a la humanidad aplacar sus sufrimientos. Revolución del sentido íntimo; el psicoanálisis tuvo finalmente como vocación primera cambiar al hombre mostrando que "Yo es otro". Es así que, muy temprano, quiso dotarse de una institución capaz de traducir en una política su concepción del mundo.

Ésta reflejaba además la sociedad en la que vivían los primeros freudianos: un imperio en decadencia, pero cuyas minorías estaban protegidas por una autoridad imperial que los reunía a pesar de sus diferencias, impidiéndoles desintegrarse mutuamente. Es sobre este modelo que Freud y Ferenczi se basaron en 1910 para fundar la International Psychoanalytical Association (IPA). Freud rehusó tomar la dirección para encarnar la figura socrática de un maestro sin escuela.¹

1. Sostuve esta idea en 1982 en *Histoire de la psychanalyse en France*, vol. 1, op. cit.

Bajo el impulso de Max Eitington, primero, y luego el de Ernest Jones, la IPA se transformó en el período de entreguerras en una organización centralizada, dotada de reglas que apuntaban a normalizar la cura y a apartar de la formación a los analistas "salvajes", transgresores o considerados demasiado carismáticos para practicar convenientemente el psicoanálisis. Así, fueron prohibidas las costumbres llamadas "incestuosas": prohibición para un profesional de analizar a los miembros de su familia o de tener relaciones sexuales con sus pacientes.

Esta profesionalización del oficio de psicoanalista, necesaria para la expansión mundial del freudismo, iba de la mano con la desaparición de la figura del maestro. El movimiento psicoanalítico no sólo renunció a que esta figura fuera encarnada por un pensador fuera de lo común, sino que también rehusó toda posibilidad de que un jefe de escuela pudiera parecerse a Freud. El padre fundador debía permanecer único e inimitable.

Si bien este largo proceso de normalización fue benéfico para el psicoanálisis, tuvo también por resultado transformar a la IPA en una máquina de fabricar notables. Al espíritu internacionalista que había presidido su creación le siguió la globalización que permite a la IPA de hoy exportar "llave en mano", en cada país, sus modelos de formación, a la manera de las sociedades comerciales que instalan en tierra extranjera sus productos o sus fábricas.

Pero a fuerza de cultivar la norma más que la originalidad, y la globalización en detrimento del internacionalismo, el psicoanálisis de los notables desertó del terreno del debate político e intelectual. No supo aceptar ni el desafío de la ciencia, ni los cambios de la sociedad. Creyéndose intocable, no se preocupó más —a pesar del coraje individual de numerosos profesionales anónimos— por la realidad social, la miseria, el desempleo, los abusos sexuales y las reivindicaciones nuevas surgidas a partir de las transformaciones de la familia patriarcal: a los homosexuales particularmente, a los cuales, como he destacado, niega el derecho de llegar a ser psicoanalistas. En resumen, se desinteresó del mundo real para replegarse sobre sus fantasmas de poder absoluto. Dejó de lado, también a los jóvenes clínicos que había no obstante formado y que terminaron por no creer más en el valor de las instituciones freudianas. Es por eso que estos últimos las critican enérgicamente y tratan de concebir nuevas, mejor adaptadas al mundo moderno.

Esta capacidad crítica se ejerce un poco en todo el mundo. Pero es cierto que los países latinoamericanos (el Brasil y la Argentina, particularmente) están hoy a la vanguardia del renacimiento del freudismo debido, en primer lugar, al poder particular de los departamentos de psicología instalados en las universidades, lugares donde se privilegia la enseñanza del psicoanálisis en detrimento de otras disciplinas.

Como en todos lados, la comunidad psicoanalítica francesa atraviesa una situación difícil ligada a la crisis general de las sociedades occidentales: crisis económica, crisis de valores democráticos, crisis social, ausencia de esperanza y de ilusiones. El desempleo, la disminución de los ingresos, la precariedad de los empleos y del trabajo, el fuerte crecimiento de las psicoterapias corporales y de los tratamientos farmacológicos, más rápidos y menos costosos, acarrearán una pérdida de confianza con respecto al método freudiano a medida que se dislocaban las grandes instituciones de vocación universal. En resumen, el tejido social y político, en el cual, después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, el freudismo había logrado implantarse en Francia, se volvió menos receptivo a la práctica clínica del psicoanálisis.

En consecuencia, las grandes instituciones republicanas —escuelas u organismos de salud mental (hospitales psiquiátricos, centros médico-psicológicos, etc.)— están en lo sucesivo sujetas a imperativos económicos poco compatibles con la larga duración propia de la cura freudiana, mientras que su progresiva desintegración da lugar a situaciones incontrolables de violencia y de delincuencia.

A pesar de todo, la comunidad psicoanalítica francesa sigue siendo sólida. El número de psicoanalistas franceses, repartidos en más de veinte asociaciones, se eleva a cinco mil, o sea, una proporción de ochenta y seis psicoanalistas cada un millón de habitantes: la más alta del mundo, antes de la Argentina y Suiza. Alrededor de ochocientos a novecientos de ellos (incluidos los alumnos) forman parte de dos sociedades pertenecientes a la IPA: la Société psychanalytique de Paris (SPP), por un lado, la Association psychanalytique de France (APF), por otro. Los otros psicoanalistas pertenecen en su mayoría a grupos o asociaciones salidos de la antigua École freudienne de Paris (EFP), fundada por Jacques Lacan en 1964 y disuelta, aún durante su vida, en 1980.

Los historiadores del movimiento tomaron la costumbre de clasificar los grupos y los individuos en función de la generación a la cual pertenecen. Utilizan dos modos de numeración: uno, de alcance internacional, concierne a los miembros de la diáspora freudiana esparcidos por el mundo; el otro, de alcance nacional, permite inscribir la filiación transferencial de profesional (quién analizó a quién) a partir de un grupo pionero (pudiendo ser reducido a una sola persona en ciertos países).

En Francia, tres generaciones se sucedieron. La primera está compuesta por los que fundaron la SPP en 1926. Tres de ellos desempeñaron un papel preponderante: Marie Bonaparte, René Laforgue, Rudolph Loewenstein. Debido a su amistad con Freud, a su celebridad, a su actividad permanente de traductora y de militante devota de la causa freudiana, Marie Bonaparte fue la principal organizadora del movimiento. Laforgue

y Loewenstein llegaron a ser los dos principales didactas de la SPP. Son ellos quienes formaron, durante el período de entreguerras, a la segunda generación francesa y, sobre todo, a aquellos que serían los jefes del movimiento después de 1945: Daniel Lagache, Jacques Lacan, Françoise Dolto, Sacha Nacht, Maurice Bouvet.

Vino luego la tercera generación, nacida entre 1920 y 1930, y formada por la segunda. Tuvo que afrontar dos escisiones, la primera en 1953 alrededor de la cuestión del análisis profano,² la segunda diez años más tarde (1963), cuando Lacan no fue aceptado como didacta en las filas de la IPA debido a su negación de someterse a las reglas en vigor en cuanto a la duración de las sesiones y la formación de los analistas.³ Lacan rehusaba, en efecto, plegarse al imperativo de la sesión de cincuenta y cinco minutos y proponía interrumpirla por puntuaciones significativas que dieran un sentido a la palabra del paciente. Además, criticaba la idea de la disolución de la transferencia como un momento terminal del análisis. A su modo de ver, el análisis sostenía una relación transferencial jamás consumada. Por último, rechazaba el principio de una separación radical entre el análisis llamado didáctico y el análisis llamado terapéutico (o personal): en consecuencia, un candidato debía ser libre de elegir su analista sin ser obligado a recurrir a la lista de titulares autorizados. Por otra parte —y es sin duda la razón profunda de esta ruptura—, Lacan restauraba, por su enseñanza y por su estilo, la figura freudiana del maestro socrático en una época en la que ésta era considerada nefasta por la IPA, más preocupada por formar buenos profesionales del psicoanálisis que por reavivar las ambiciones elitistas en el seno del movimiento.

La segunda escisión, de lejos la más grave, fue un drama, primero para el propio Lacan, que no había jamás considerado abandonar la legitimidad freudiana, pero también para toda la tercera generación francesa. Sus miembros más brillantes habían sido analizados por él y de repente se encontraban en campos opuestos: unos reagrupados en la APF, afiliada a la IPA en 1965, los otros reunidos en la EFP y definitivamente echados de las instancias legítimas del freudismo, incluso cuando se consideraban mucho más freudianos que sus homólogos de la IPA, convertidos en sus rivales.

Contrariamente a sus colegas norteamericanos o ingleses, los psicoanalistas franceses de la tercera generación pertenecientes a la IPA no formaron nunca una escuela homogénea. Además, las grandes corrientes del

2. Se llama análisis profano al psicoanálisis practicado por los no médicos.

3. Véase sobre este tema: Élisabeth Roudinesco, *Histoire de la psychanalyse en France*, vol. 1 y 2, op. cit.; Jacques Lacan, *Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, op. cit.

freudismo internacional no se implantaron en Francia: ni la *Ego Psychology*, ni el kleinismo, ni el annafreudismo, ni la *Self Psychology*, ni las teorías poskleinianas de Wilfred Ruprecht Bion. Es el lacanismo, y sólo él, quien divide en dos polos, luego de treinta años, el campo psicoanalítico francés: los no lacanianos (llamados a veces "freudianos ortodoxos") de un lado, los lacanianos del otro; por supuesto que todos invocan a Freud.

Esta bipolarización del freudismo francés fue acentuada por la presencia de Françoise Dolto en las filas de la EFP. Dotada de un asombroso genio clínico, fue la fundadora en Francia del psicoanálisis de niños: una figura equivalente a la de Melanie Klein para la escuela inglesa, aunque sus tesis estén más cerca de las posiciones de Anna Freud. Ahora bien, en 1963, durante la segunda escisión, Dolto tampoco fue admitida en las filas de la IPA. Las razones invocadas para justificar este rechazo eran inversas a las que habían utilizado contra Lacan: no le reprochaban a Dolto sesiones cortas (las suyas eran reglamentarias), sino una práctica de la cura didáctica demasiado carismática y no compatible, decían, con los estándares de la formación clásica. En realidad, Dolto heredaba la hostilidad que la dirección de la IPA había manifestado siempre para con su analista, René Laforgue, cuya técnica y cuya práctica eran consideradas como marginales, es decir, demasiado cercanas de las de un Ferenczi o un Rank.

En consecuencia, desde 1964, las dos principales figuras francesas del psicoanálisis, Françoise Dolto y Jacques Lacan, libraron su enseñanza fuera de la IPA.

Los conflictos que dividieron a la tercera generación tuvieron repercusiones considerables sobre las dos siguientes, nacidas entre 1935 y 1950. Durante quince años, en efecto, éstas debieron soportar las disputas y las heridas narcisistas de sus brillantes predecesores. Los admiraban por sus obras y su capacidad como didactas, pero los vieron también desgarrarse constantemente entre ellos alrededor de un maestro omnipresente: Jacques Lacan. Condenado por su práctica, mal apreciado por su doctrina y demonizado por las dos sociedades de la IPA, comenzaba entonces a ser idolatrado en su propia escuela.

En consecuencia, en cada campo, las dos nuevas generaciones —la cuarta y la quinta— heredaron una historia conflictiva, legada, ya por los compañeros de ruta de Lacan, que con bastante frecuencia imitaban el estilo del maestro, ya por sus adversarios, que lo detestaban y caricaturizaban su personaje.

Mientras que las dos sociedades de la IPA denunciaban a los lacanianos como no freudianos, los lacanianos miraban a sus colegas de la IPA como burócratas que habían traicionado al psicoanálisis en beneficio de una psicología adaptativa al servicio del capitalismo triunfante. En resumen, los primeros veían a los segundos como aprendices de hechiceros,

439-82

2

adeptos a sesiones pretendidas de "cinco minutos", e incapaces de establecer un cuadro psicoanalítico serio; mientras los segundos miraban a los primeros como ortodoxos desintelectualizados al servicio de un psicoanálisis llamado "norteamericano".

Este muro se derrumbó a fines de los años setenta cuando René Major, didacta de la SPP abierto a la cultura y a la clínica lacanianas, y Serge Leclaire, lacaniano fiel pero servidor de un vasto proyecto de "República freudiana", unieron sus esfuerzos para que los clínicos de las nuevas generaciones pudieran finalmente frecuentarse fuera de sus respectivas asociaciones. Fue la época de "Confrontación", que permitió a los analistas de todas las posturas criticar sus instituciones e intercambiar sus puntos de vista, particularmente sobre la manera de practicar el psicoanálisis. Pues si bien las dos sociedades de la IPA estaban atravesadas por conflictos a propósito de la formación de los analistas, la EFP conocía una grave crisis nacida del fracaso de la experiencia del pase.

Inventado por Lacan en 1967 y puesto en práctica en 1969, este procedimiento de "pase" consistía para un analizante (o "pasante") deseoso de ser psicoanalista didacta en exponer a otros colegas (o "pasadores") los elementos de su historia y de su cura que lo habían conducido a querer ser analista. Luego, los pasadores exponían las motivaciones del pasante ante un jurado de didactas, y éste tomaba entonces una decisión entre elegir o rechazar al candidato. El procedimiento apuntaba a reemplazar el sistema clásico de formación de los psicoanalistas por una verdadera interrogación sobre el estatuto del didacta.

En este contexto, Lacan pronunció esas palabras que tanta tinta hicieron correr: "El único que autoriza al psicoanalista es él mismo".⁴ Con esta frase, indicaba que el pasaje al *ser-analista* depende de una prueba subjetiva ligada a la transferencia. De ahí surgió, tanto para el candidato como para el didacta, un estado de pérdida, de castración, incluso de melancolía.

La idea de estudiar el funcionamiento real de este famoso pasaje iniciático era extraordinaria. Sin embargo, el procedimiento del pase no tuvo el efecto esperado. Condujo a la EFP a un fracaso y luego a la disolución, después de haber provocado en 1969 una tercera escisión: la partida de varios clínicos, entre ellos François Perrier y Pièra Aulagnier. Reunidos en un "Cuarto Grupo", fundaron la Organisation psychanalytique de langue française (OPLF).

Las últimas dos generaciones psicoanalíticas francesas fueron entonces llevadas a pensar su futuro institucional en términos nuevos.

4. Jacques Lacan, "Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École", *Scilicet*, 1968, n° 1, pp. 14-30. Versión inicial en *Analytica*, 8, supl. de *Ornicar?*, 1978, 15.

De una manera general, los jóvenes lacanianos se sentían más libres, en comparación con los maestros que los habían formado, que los miembros de uno y otro grupo de la IPA. Debido a la disolución de la EFP y a la fragmentación del lacanismo en diferentes corrientes (poslacanianos o neolacanianos), esta nueva generación multiplicó las asociaciones. Liberada de toda relación de sumisión con respecto a los maestros de la tercera generación, hizo el duelo de la institución ideal renunciando a la Escuela deseada en su momento por Lacan.

Por otro lado, los analistas de las últimas generaciones de la SPP y de la APF cargan mayormente con el peso de las disputas y las decepciones de las anteriores. Están más adheridos a los didactas que los formaron y que siguen siendo los jefes de fila de sus asociaciones, muy apegados a sus prerrogativas y a sus privilegios. También están más prontos a la revuelta cuando un conflicto estalla. De ahí la violencia institucional, a menudo encubierta, que atraviesa a las dos sociedades de la IPA.

Replegada sobre sí misma después de treinta años, y cultivando su "diferencia" y su estética, la APF no quiso abrir sus filas a los numerosos "alumnos" que siguen sus enseñanzas y que ya no tienen esperanza, a la edad de cincuenta años, de progresar en la jerarquía. Su decepción se traduce por una cierta irrisión con respecto a todo poder institucional.

Diseminados en una veintena de asociaciones, los antiguos lacanianos son en lo sucesivo divididos sobre la práctica y la formación de analistas, lo que no les impide mantener entre ellos relaciones cordiales. Si bien la mayoría de los grupos conservaron el procedimiento del pase, lo transformaron en un ritual sin mucho alcance. Tratándose de la duración de las sesiones, casi todos adoptaron la idea de la puntuación, manteniendo el principio de la libertad de elección del analista por parte del analizante. Pero ninguno redujo el tiempo de la sesión a cinco minutos o incluso a un minuto como lo había hecho Lacan durante los últimos cinco años de su vida. Esta práctica no es imitada hoy más que por un número restringido de analistas que se cuentan con los dedos de la mano.

Una gran diferencia subsiste, sin embargo, entre la práctica clínica de los freudianos lacanianos y la de los freudianos miembros o emparentados con la IPA. Para los primeros, la duración de la sesión no es fija mientras que para los segundos sigue siendo obligatoria y forma parte del marco de la cura: de cuarenta y cinco a cincuenta minutos. Además, en las dos asociaciones francesas pertenecientes a la IPA, las jerarquías y los estudios universitarios obedecen a estándares internacionales.

Es evidente que hay buenos y malos profesionales en todos los grupos psicoanalíticos franceses. En efecto —y es un fenómeno nuevo hoy—, ya ninguna sociedad tiene el monopolio de la buena clínica. Todas están de-

bilitadas por las escisiones, los conflictos, la esclerosis institucional, y todas perdieron prestigio al punto que numerosos terapeutas ya no buscan adherirse o, por el contrario, no dudan en ser miembros de dos (incluso tres) instituciones a la vez.

La reorganización del campo psicoanalítico se tradujo, entre 1996 y 1999, en un doble proceso: multiplicación de las escisiones de un lado, federalismo del otro. Así, la Association mondiale de psychanalyse (AMP), creada por Jacques-Alain Miller, implosionó para dar origen a una diversidad de movimientos autónomos. En lo sucesivo, las instituciones centralizadoras son mucho menos creíbles que las pequeñas unidades, más vivas, más creativas, y siempre prontas a federarse para intercambiar mejor entre ellas la experiencia clínica y los saberes. Prueba de ello es la creación, en octubre de 1998, en Barcelona, de un Movimiento de Convergencia, federando cuarenta y cinco asociaciones lacanianas. En una perspectiva más amplia, la puesta en marcha por René Major en junio de 1997 de los Estados Generales del psicoanálisis indica claramente que el freudismo del año 2000 debería orientarse hacia un nuevo modo de concertación, el de las redes asociativas, respondiendo a las nuevas demandas de la sociedad civil. Sin duda asistiremos también en los próximos años a un serio cuestionamiento del imperialismo clasificatorio del DSM y de las ciencias cognitivas, de las cuales comenzamos a medir la ineficacia mientras están en su apogeo.

Francia no tuvo que afrontar la ola de antifreudismo que hace estragos en los Estados Unidos. Ni Freud ni el psicoanálisis son atacados en Europa con semejante virulencia. No obstante, a pesar de su utilidad innegable, las escuelas psicoanalíticas sufren todavía un real descrédito debido a su propensión al dogmatismo.

En cuanto a los pacientes de los años noventa, no se parecen a los de antes. De una manera general, son conformes a la imagen de esta sociedad depresiva en la cual viven. Impregnados por el nihilismo contemporáneo, presentan trastornos narcisistas o depresivos y sufren de soledad y de síntomas de pérdida de identidad. No teniendo a menudo ni la energía ni el deseo de someterse a curas largas, tienen dificultades para frecuentar el consultorio de los psicoanalistas de manera regular.

Se ausentan fácilmente de las sesiones y, a veces, no soportan más de una o dos por semana. Por falta de medios financieros, tienen tendencia a suspender la cura en cuanto constatan una mejoría de su estado, dispuestos a retomarla cuando los síntomas reaparecen. Esta resistencia a entrar en el dispositivo transferencial significa que si la economía de mercado trata a los sujetos como mercaderías, los pacientes también tienen tendencia, a su vez, a utilizar el psicoanálisis como una medicación, y el analista como un receptáculo de sus sufrimientos.

El modelo de la cura-tipo —transmitido de generación en generación a través de la imagen mítica del sillón y del diván— está, de ahora en más, reservado a privilegiados. La mayoría de los jóvenes terapeutas ya no se dedican exclusivamente al psicoanálisis y tienden a sustituir el dispositivo clásico por una "situación analítica" cara a cara, que tiene la apariencia de una psicoterapia. En relación a esto, recalquemos que los lacanianos aceptan más gustosamente esas transformaciones, investidos como están por las posturas doctrinarias del psicoanálisis, mientras que sus colegas de la SPP y de la APF prefieren poner el nombre de "psicoterapia analítica" a esta nueva situación con el fin de distinguirla del modelo considerado intangible de la cura-tipo.

Si bien los pacientes cambiaron, los psicoanalistas de las nuevas generaciones tampoco se parecen a sus predecesores. Sobre este punto, hay menos diferencia que antes entre los lacanianos y los otros freudianos. Todos prosiguieron los mismos estudios de psicología, y muchos ejercen otro oficio que el de psicoanalista: son, en general, psicólogos clínicos. Cualquiera sea su pertenencia, tienen pocos pacientes privados y trabajan sobre todo en instituciones donde emplean otras técnicas: psicodrama, psicoterapia familiar y de grupo. Todos ejercen funciones en servicios de salud: ayuda a los toxicómanos, a las prostitutas, a los delincuentes, a los enfermos de sida, asistencia paliativa, etc.

El acceso al oficio por el camino de la medicina, de la psiquiatría, de la filosofía o de los estudios literarios está en neta regresión en beneficio, ya lo he dicho, de la psicología. En cuanto a la cultura histórica y teórica del psicoanalista medio de hoy, es diferente de la de las generaciones anteriores. Más modestos que sus predecesores, los jóvenes psicoanalistas están a menudo deseosos de adquirir un saber que sus estudios universitarios no les aportaron. Es por eso que muchos se encuentran en los coloquios donde son abordados los grandes problemas de hoy: la droga, la emigración, la violencia, las nuevas formas de vida común y de sexualidad, la muerte, la vejez, etc.

A pesar de todas las dificultades a las cuales está confrontada, esta generación aspira a un renacimiento del freudismo. Más cercanos que sus predecesores a la miseria social, la que cotejan sobre el terreno, los jóvenes son también más pragmáticos, más directos, más humanistas, más sensibles a todas las formas de exclusión, más exigentes en sus elecciones éticas. Orientados por sus estudios hacia la psicología clínica, hicieron el duelo de una época pasada en la cual la figura del maestro aún encarnaba los ideales de un freudismo subversivo y elitista. También se desligaron de las pasiones conflictivas que marcaron el período precedente.

Menos teóricos y más clínicos, manifiestan una mayor apertura a todas las formas de psicoterapia, aun mientras adoptan el psicoanálisis co-

mo modelo de referencia, sin someterse, por ello, a la autoridad de una escuela de la cual saben que en adelante nunca podrá sustituir la pérdida del ideal del maestro. De ahí, un riesgo de eclecticismo que puede conducir, si no tenemos cuidado, a una lasitud en el rigor teórico —y aún más, a un olvido del universalismo freudiano—.

Esta doble ruptura —con el ideal del maestro, por un lado, y con un modelo único de institución, por el otro— parece irreversible. Es ella, a imagen de la fragmentación del campo psicoanalítico, quien puede desembocar en una recomposición positiva de la clínica y de la teoría freudianas y en una consideración de las nuevas diferencias propias de la subjetividad moderna: exilio, depresión, victimización de sí, discriminación del otro, repliegue comunitarista, crisis de identidad, aniquilación del pensamiento, etc.

Con respecto a esto, comprendemos por qué los dos principales conceptos elaborados por Jacques Derrida —la *diferencia* y la *destrucción*⁵— se tornan tan productivos para muchos profesionales en el malestar actual del psicoanálisis y de la sociedad. El primero les permite pensar la idea de diferencia sin caer en el diferencialismo y, el segundo, renunciar a la imperiosa figura de la maestría sin borrar, por ello, el ideal platónico del maestro.

Aun cuando estuviera desfalleciente, este ideal sigue siendo el único que pone obstáculo a los estragos del nihilismo contemporáneo. Es, pues, un verdadero desastre lo que el psicoanálisis debería poder remediar en el futuro, gracias al fervor de las nuevas generaciones, entablando nuevos lazos con la filosofía, la psiquiatría y las psicoterapias. Todavía hará falta para eso que consiga dar sentido a los conflictos que no dejarán de surgir en el corazón mismo de la sociedad depresiva.

La imagen bufona del hombre conductista podría entonces desaparecer, como un espejismo a merced de las arenas del desierto.

5. Jacques Derrida escribe *difer(a)ncia* —*différ(a)nce* en lugar de *différence*—, con *a*, para indicar que la diferencia no es una partición entre dos estados o dos géneros, que no es ni una presencia ni una ausencia, sino un movimiento inscrito en el Uno y al cual imprime un rodeo, una división, una desigualdad, un desplazamiento. Véase *L'Écriture et la différence*, *op. cit.*